

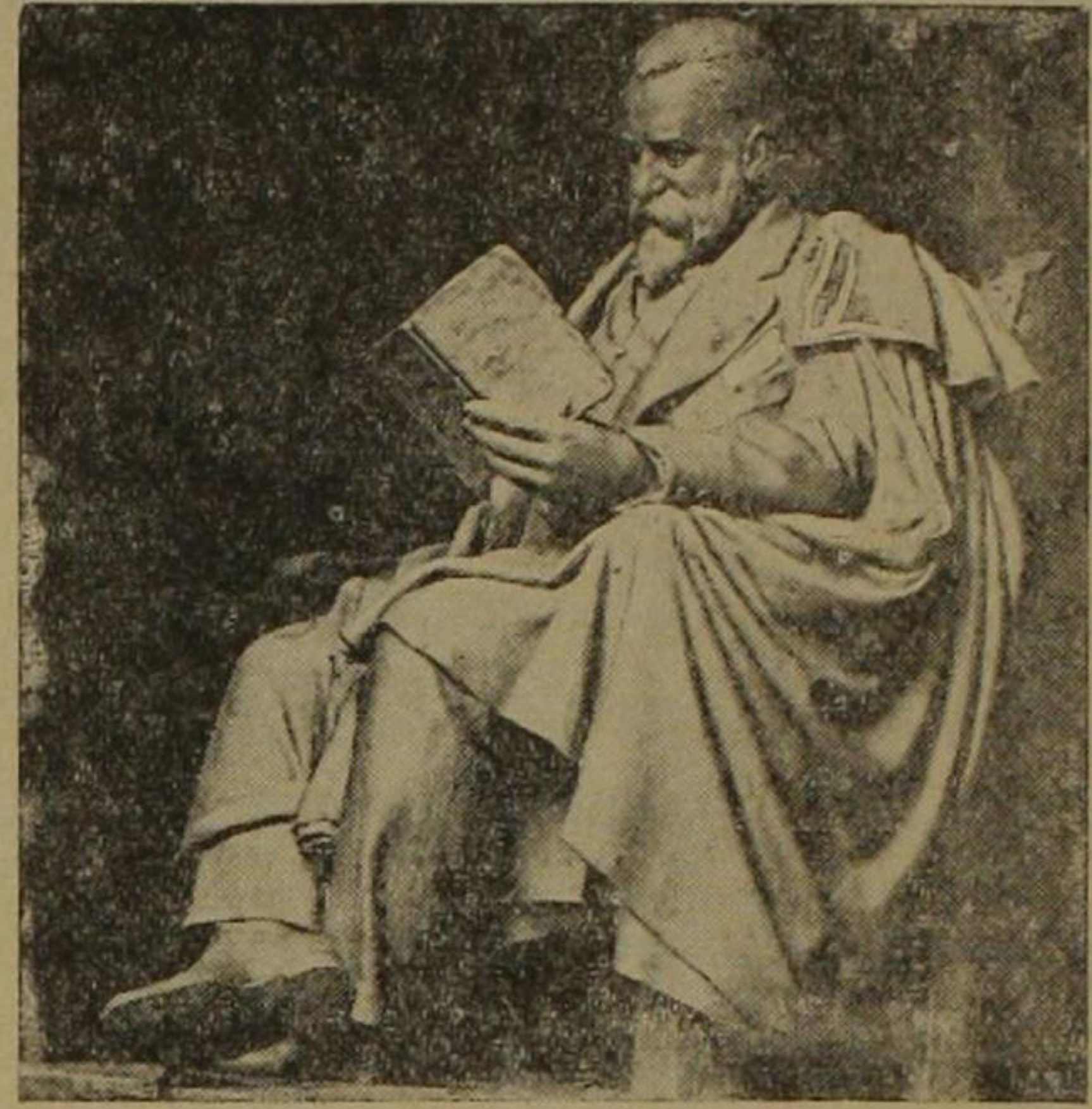
## Un centenario Sobre Menéndez Pelayo

Por Cornelio Hispano

(Envío del autor. En *Intermedio*. Bogotá, 12 de Novbre. de 1956)

En estos días se ha conmemorado en Bogotá, con inusitado academismo, el centenario del nacimiento de Don Marcelino Menéndez Pelayo, y es lógico que así se conmemore en una ciudad mediterránea, muy distante del mar, y por estudiantes universitarios educados en un medio intelectual y moral casi coloniales, y es por esto que la exaltación de Menéndez Pelayo y de sus obras no parece lo más acertado para despertar en esos estudiantes universitarios ideas, sentimientos, aspiraciones, acordes con el tiempo en que vivimos, porque el hombre culto debe ser ante todo un hombre y debe pertenecer al tiempo en que le tocó vivir, acatar y defender sus ideas, o respetarlas, por peligrosas que parezcan; aceptar lo nuevo, comprender, tolerar lo que el transcurso del tiempo ha renovado porque lo nuevo es un paso adelante, es juventud, es alegría; trabajar con la firme esperanza de que nuestro legado intelectual o moral será duradero, no morirá con nosotros, y de que la antorcha que prendimos en el fuego sagrado de la Belleza y de la Verdad pasará a otras manos en las venturas generaciones

Pues bien; Menéndez Pelayo significa justamente lo contrario de esas ideas y aspiraciones. No creyó en el progreso de esas ideas y de que España pudiera algún día llegar a ser algo mejor de lo que fue en la época a que se refiere Hipólito Taine en sus ensayos "Essais de Critique et D'Histoire": "Sólo así se comprende por qué la Inquisición se arraigó en ese país, cómo ha podido contar entre sus servidores los más gloriosos poetas, encender hogueras hasta el umbral de la Revolución Francesa, hacer asistir a estas matanzas el rey, la reina y toda la Corte, quemar treinta mil personas vivas, abolir el pensamiento con la ciencia durante dos siglos. Que el lector considere su literatura donde, si se exceptúa una obra escrita por casualidad ("El Quijote"), la filosofía general y la verdadera ciencia del hombre no han construido un solo monumento". A los que no les guste este juicio del gran escritor francés, escritor, filósofo, crítico genial, autor de las grandes obras: "La Inteligencia", "Filosofía del Arte", "Historia de la Literatura Inglesa", "Los orígenes de la Francia Contemporánea", que causaron sensa-



Marcelino Menéndez Pelayo

Estatua de Lorenzo Callaut Valera

ción en el mundo intelectual de su tiempo. o fines del siglo diez y nueve, pueden leer, si tienen valor para ello, "La Ciencia en España" de Menéndez Pelayo, y lo que sobre ese libro escribió el matemático español Rey Pastor, quien concluyó diciendo que "todo aquello, de La Ciencia en España, era papel impreso y mediocres producciones de medianos ingenios, cuando no garrafales y estrambóticos adefesios"....

Que lean los "Heterodoxos españoles" en que Menéndez Pelayo defendió y exaltó con ardor la Santa Inquisición, que hizo aislar a España del mundo civilizado durante toda una edad histórica y que, ya en su vejez, habiendo reimpresso el libro, se afirmó y ratificó en sus antiguas ideas santoficianas, y en ellas murió reacio e impenitente; que lean la "Historia de Las Ideas Estéticas en España", destinado a hacer la apología de todas las obras de literatura española contenidas en la Biblioteca de Rivadeneira, de letra menuda y apretada, inmenso archivo encuadernado de todas las letras españolas, en las que aparte de joyas de indiscutible calidad, todo lo demás es infecundo papel impreso, de fastidiosa y narcótica lectura.

Menéndez Pelayo, católico a macha martillo, dividía los autores en dos clases: los buenos y los malos, los que estaban dentro de la Iglesia Católica y los de fuera, inclusive los que se quedaron rezagados en el seno de Abraham. Cuando tropezaba con alguno de esos autores satánicos no pudo disimular su repugnancia, dígame aquel prodigioso erudito inglés, de las postrimerías del siglo diez y ocho, Eduardo Gibbon, a quien no perdonó que hubiera explicado científicamente,

después de veinticinco años de beberse las Bibliotecas de Europa, con sus palimpsestos, manuscritos, incunables, ezeviros, las razones filosóficas y causas humanas del principio, desarrollo y establecimiento del cristianismo en el mundo romano, cuando a él todo eso le pareció siempre obra de milagro patente. A Ernesto Renán no le abonó ni siquiera su aticismo e incomparable estilo. Acorde con sus ideas despreció y execró el gran siglo de Voltaire, que fue el quinientos de la edad actual, maravillosa y fulgurante fragua de donde surgió la civilización actual.

En marzo de 1912, en vía hacia París, desembarqué con un amigo francés, el señor Cavolini, mi compañero desde Caracas, donde había ido a fundar una sucursal del Banco Dreyfus de París, desembarqué en el Puerto de Santander, recorrimos unas calles, y en una observamos un grupo de gentes al pie de un portón antiguo. El cochero nos informó que era la casa del Señor Menéndez Pelayo y que estaba agonizando. Traté de apearme del coche para conocer a Menéndez Pelayo, pero el señor Cavalini me dijo: "Pierde usted su tiempo; a estas horas el escritor que usted quiere conocer debe estar oyendo misa en su alcoba de enfermo y escuchando las oraciones de los difuntos. Recuerde usted que estamos en España, si ya no lo ha observado usted en el andar tan lento de este coche antidiluviano." Días después, ya en París, leí la noticia de la muerte de Menéndez Pelayo, me apresuré a comprar en esos días los grandes diarios y revistas literarias con la curiosidad de saber cómo juzgaban los escritores franceses al ultramontano polígrafo que acababa de morir tan cerca de

(Concluye a la vuelta)